

# CAÍN: La máscara de aquí

Miguel S. Salas



# Capítulo 1

0

Despertó con el aleteo de una paloma, y al abrir los ojos se sintió en las nubes. Veía borroso y todo parecía ser blanco, o gris, un gris ligero como el del cielo, "o al menos este cielo", el de esta ciudad. Recordó la razón que lo había llevado hasta allá, el rumor sobre un brujo y la inevitable pelea de la noche anterior. Recordó el dolor en la sien y que por poco queda inconsciente.

Las calles son solitarias a esta hora de la mañana, pero él ya no puede dormir. Al verlas, siente como si todos los años de su vida pudieran resumirse en esa escena. Sin dejar de pensarlo, se levanta y estira los brazos. Al hacerlo, descubre a otro hombre, aún dormido, junto a una pared, algunos metros más allá. Sí, quizá la soledad no sea lo que mejor describa este momento, sino la quietud.

Son similares los inicios de día en todo el mundo, el despertar de la gente, su regreso a la vida. La muerte a él le da nostalgia. Piensa en que lo más parecido a ello que tendrá nunca será dormir. Nació para morir ("¿nacé para morir?"), pero las circunstancias lo trajeron hasta nuestro tiempo por una promesa hecha a sí mismo tantos siglos atrás que no puede evitar preguntarse constantemente si su larga vida no se tratará más bien de una misión más grande que alguien lo obliga a cumplir.

Su rebeldía es como el cielo de esta ciudad, que se resiste al azul. Por ello está aquí, buscando a un viejo de nombre José Mallqui, un chamán o un brujo, aún no lo sabe muy bien.

Escuchó por primera vez de él hace dos años, cuando llegó a América y vio un sello mágico, de signos antiguos, en la puerta de un restaurante. Nunca en su vida había visto algo similar. La respuesta que obtuvo del dueño del negocio fue el nombre de una ciudad, y en ese nombre pensó tantas veces que al llegar sintió que llevaba meses viviendo en ella y que su cielo grisáceo era tan cotidiano como respirar.

El hombre al que se enfrentó la noche anterior era un borracho buscapleitos: le bastó cruzárselo una sola vez para que éste quisiera golpearlo sin ningún sentido. «¿Qué chucha me miras, conchetumadre?». Pocas veces en siglos había sido víctima de este tipo de actitudes. No quiso golpearlo, pero al sentir su puño en el rostro supo que no se detendría hasta verlo en el suelo. Entonces atacó y, cuando al hombre le costaba ya mucho levantarse, le preguntó por Mallqui. Una completa coincidencia que lo conociera y hablara sin resistirse. Recibió el nombre de

una calle y era ahí donde se encontraba ahora.

No le pareció para nada un lugar fuera de lo común. Tampoco sintió nada extraño cerca, como cuando visitaba a los brujos en Europa. Le bastó preguntar una sola vez para encontrarse frente a la antigua casa donde lo esperaba sin saberlo José Mallqui, quizá con una pista que lo ayudaría a cumplir por fin con su objetivo de siglos.

Era una casona rosada con motivos que le recordaban Europa, como mucho en esta ciudad. Las paredes con grietas y una rajadura de casi un metro que iba desde el segundo piso hasta la entrada: una escalera angosta y empolvada por la que no dudó un segundo en pasar.

Al pisar el sexto escalón se detuvo. Alguien lloraba allá arriba, una mujer. Hablaba de su madre y de una enfermedad. Le reprochaba a alguien que no hiciera nada, quizá ese hombre era Mallqui, el que se quedaba completamente callado hasta que la mujer llegara ella sola a la misma conclusión que él. Debía doler perder a alguien, ya lo estaba olvidando. Recordó por un instante a su padre y volvió milenios al golpe de la noche anterior. Puso su mano sobre la sien y notó que ya no le dolía. A diferencia de él, su cuerpo olvida bastante rápido.

Pocos minutos después, bajan ambos. Su mirada se cruza un par de segundos con la del hombre. Está seguro de que se trata de Mallqui, lo sabe a pesar de que viste como cualquier hombre y no como un brujo, a pesar de su vieja camisa y sus zapatos sucios.

Y estaba ahí, por fin con la oportunidad de cruzar palabras con este hombre. Se saludaron sin decir nada y subieron las escaleras. La habitación, iluminada tan solo por una bombilla, le daba un aspecto de muchísimo más misterio. Aparte de ella, la luz del día ingresaba tímida por la ventana. «Sírvase», dijo Mallqui, invitándolo a sentarse y probar cancha de un plato metálico en la mesa. Lo miraba fijamente, como si lo estuviera poniendo a prueba. «¿Qué vino a buscar aquí?». Detrás del chamán había un altar con una vela encendida. Caín notó la desconfianza y probó un solo grano. «Busco una respuesta. ¿Conoce usted esto?», sacó una hoja del bolsillo y le mostró el signo que lo había traído a esta ciudad, el sello mágico. Mallqui comenzó entonces a contarle:

«El verdadero chamán era Julián Mallqui. Mi abuelo era. De la sierra se ha venido porque lo acusaban de sendero. Así se vino. Él sabía de ese sello. Me contó que era de antiguo y que lo aprendió de su maestro en Cajamarca. Secreto es, me dijo, pero poderoso. Espanta todos los males. Cuando era joven me lo contó esa historia. Yo me volví chamán después. ¿Quién eres tú, joven?»

Guardó silencio por unos segundos, se alzó el cabello de la frente y le mostró su cicatriz. Los signos que vio Mallqui lo dejaron ligeramente

confundido. Caín se levantó de la mesa y, antes de irse, decidió hacerle una última pregunta: «Dígame, ¿es posible revertir la voluntad de Dios?» Mallqui quedó pensativo. Rió creyéndolo una ocurrencia «Si Dios dispone, hay que aceptar nomás, joven. La vida, la muerte. Todo llega de esa forma.»

Él ha escuchado muchas veces las mismas palabras, pero aún le duelen. Desearía poder vivir sin esa carga, confundirse realmente entre la gente de una sola época y morir libre. Desearía poder quitarse la cicatriz y no caer en desgracia cada vez que intenta hacerse una vida. Desearía que sus manos fueran útiles de nuevo y que la tierra lo acepte. Pero sabe que todo eso resulta prácticamente imposible. Que escuchará la misma respuesta a donde vaya, con humanos o inmortales. Sin embargo, el mundo es grande y cambia cada vez más rápido. Y esa es su última esperanza.

«Gracias», le dice por última vez a Mallqui y abandona el lugar. Cuando lo ha hecho, el chamán descubre la vela de su altar consumida. Respira hondo y, con las manos temblando, enciende una nueva.

## Capítulo 2

1

Esa noche soñé con el Julián. Se le veía pálido, blanco como si se hubiera ahogado y saliera recién del agua después de días. Pero no me asusté en el sueño, no sé por qué. Me pareció normal, que estaba bien, que así era él. Vino a saludarme a la casa y nos tomamos un traguito. Era como las nueve de la mañana. Raro es tomar a esa hora, ¿no? Sí, pues. Pero ahí tomamos un llonque que tenía a la mitad desde la semana anterior por el cumpleaños de mi suegro. Cuando desperté la botella estaba igualita a como la dejé, menos mal o me asustaba. Pero sí lo busqué a Julián ese día. Fui a su casa pensando que le había pasado algo malo de repente. Me dijeron que salió temprano, como a las cuatro de la mañana, que no dijo nada. Eso me dijo su mujer. "¡Julián!", le había dicho, "¿dónde vas, Julián?", pero no le escuchó.

Él a veces hacía esas cosas. Salía y se iba a rezar a la puna, pero regresaba rápido para trabajar en su chacra. De día era así, en la noche curaba. En el sueño lo vi blanco blanco, y no recuerdo qué conversamos, pero me miró a los ojos y, eso sí lo recuerdo, me dijo que las cosas cambiarían. "Confía en mí", me dijo, y ahí sí me dio miedo. Un mal ánimo debe haber sido que lo seguía y por eso rezaba más allá arriba.

Regresó con frío ese día, sobándose los brazos, y se fue a dormir. "Estoy cansado", decía, y se sonrió cuando le conté del sueño. Su mujer estaba preocupada. Amaneció con fiebre y no quería hablar con nadie.

Conversé con él más después, como a los dos días. Lo visité en su casa. Estaba solo, excepto por su pequeño nieto, que jugaba afuera. Él me llevó hasta el cuarto y luego salió corriendo. Le daba miedo creo. Qué habrá sentido, pues, el Julián le quería mucho.

Ahí estuve un rato hasta que me dijo que le había sucedido algo increíble. "No me lo vas a creer, Martín", decía, "pero tampoco te lo puedo contar". Con algún ánimo debe haberse encontrado, porque estaba muy afectado. ¿Qué cosa has visto?, le pregunté. "La sombra de mi maestro". No dijo más. No me dijo que todo iba a estar mejor o que las cosas cambiarían, como en el sueño, pero cuando se puso bueno comenzó a hacer maletas. Muy sospechoso lo veía ya la gente. Solo hablaba conmigo y con su esposa y su nieto. Y cuando llegó su hijo a llevarse al Josecito tampoco habló con él.

Para Lima dicen que se fue. Yo no sé, pero ese día no subió a rezar, salió de frente de su casa, con su esposa, en silencio. Dicen que sabía de Sendero, que se estaba escapando o que él era un terruco él mismo y que sus largas jornadas en la puna eran reuniones con los cabecillas o la

gente armada, que les había hecho un favor y que su enfermedad era una mentira. Un traidor de los apus.

¿Qué pienso yo? Yo me acuerdo solo de una sola cosa, de su cara pálida y su miedo. Eso era de verdad. Un ánima ha sido, creo, un ánima que lo ha echado. Ahora, ¿por qué lo echaría un ánima? Eso es otro misterio, pues.

## Capítulo 3

2

Recordaba bastante bien la casa cerca de la acequia. Les habían dicho que se trataba de la casa de un brujo y que no debían entrar. Cuando pasaba cerca con su amigo Antonio, éste comenzaba a hablarle sobre fantasmas que «chupan el espíritu». Pero a Damián siempre le llamó la atención, quería saber lo que se escondía detrás de esas historias, lo que en verdad sucedía allí por las noches. Quizá por eso le gustaba verla desde la ventana cuando empezaba a oscurecer. Apartada de todas las lucecitas encendidas en el pueblo, la casa del chamán desaparecía de a pocos, se perdía en el gris y parecía hundirse en un paisaje cada vez más negro, como si se tratara de un sueño o una ilusión colectiva.

Eventualmente terminó acercándose. Removió con esfuerzo las tablas de madera vieja que trancaban la puerta y entró. Como niño, esperaba un acontecimiento fantástico al cruzar el umbral, pero no sucedió nada. La capa de tierra sobre la mesa era más gruesa que una hoja de papel, quizá más que dos, sobre ella dibujó su nombre con el dedo mientras detenía la mirada en una pequeña repisa cubierta de cera blanca y de velitas casi completamente consumidas pegadas a su superficie. Habría sido el altar de algún santito cuya imagen también abandonó el pueblo. Decían que este chamán se fue de aquí hace muchos años y no se le volvió a ver jamás. Pensó que su alma retornaría, cuando hubiera muerto, a recoger sus pasos, y en que quizá los chamanes no tenían alma o la perdían en algún momento por la mano de algún diablillo.

Una de las historias sobre Mallqui contaba que su hijo no quería continuar con las artes del padre, porque sabía de su trato con los gentiles y había sentido venir la mala suerte. En el piso de la casa quedó un soldado de plomo, oculto tras una de las patas de la mesa. ¿Habría sido de su hijo, de su nieto? Tenía un nieto, claro, que volvería al pueblo a encontrarse con los espíritus y devolverle la paz a la gente que sufrió tanto. En casa, Damián tenía algunos soldados como ese, pero de plástico, por lo que pensó que su nuevo juguete podría ser el capitán. Así que lo sacudió con los dedos y procedió a guardarlo en un bolsillo. Acababa de decidir que limpiaría la casa, o al menos la pequeña salita.

Terminar le tomó un par de días. Al final tenía sobre la mesa, aparte del soldadito de plomo, un cuaderno, una vela sin usar, un par de clavos doblados y un marco vacío. Colocó todo en el altarcito, menos el soldado, que regresó a su bolsillo, y el cuaderno, que quiso revisar por curiosidad. Contenía cuentas y nombres de personas del pueblo, con fechas y descripción de sus curaciones, aparecía incluso su padre con anotaciones sobre una fiebre muy alta. Damián se preguntaba si de verdad el chamán

fue malvado. Quería creer que todas las historias eran un malentendido.

El día que vio al zorro blanco por primera vez, Antonio viajaba a Lima por las vacaciones de medio año. Damián, por su parte, estaba en la casa de Mallqui, su amigo lo llamó por la ventana y le dijo que le traería un recuerdo para inmediatamente después volver corriendo al pueblo casi casi en sincronía con la caída del sol. Entonces vio su figura en el otro cerro, la luz encendía su pelaje blanco y su mirada parecía dirigirse únicamente a él. Sintió como si estuviera en lo más alto de la puna y se encogió de hombros, temblando, sin dejar de verlo. Escuchó una risa burlona cerca de su oído y por un segundo me creyó incapaz de hablar. No había nada ahí atrás, y tampoco luego donde se encontraba el zorro blanco.

-

Don Juan era como un abuelo desde que éste murió. Le gustaba sentarse a la puerta de su casa y saludar enérgicamente a todo el que pasara cerca. A veces, Damián se sentaba a su lado y el anciano le contaba historias sobre el pueblo y también sobre los hombres de antiguo que habitaron el mundo, historias que le habían contado a él cuando era un niño. Ese día, el viento les trajo un papel, don Juan lo recogió y le enseñó a armar un barco. ¿Flota, don Juan?, sí, le dijo. Salió corriendo entusiasmado a la acequia, lo puso en el agua y flotó. En el reflejo, notó que del otro lado, y lamiéndose una pata, era observado por el zorro blanco. Una risa burlona se acercó a su oído, pero no había nadie allí además de él y el zorro.

Un escalofrío le recorrió la espalda y cuando pensaba en moverse escuchó un conteo. *Huk*, dijo. Estaba completamente tieso. *Iskai*, perdió fuerza en las piernas, las sintió heladas, adormecidas como si fueran de arena. *Kimsa*, se disolvió su voz, tembló su mandíbula. Sintió que caía y un impulso lo hizo poner las manos al frente para no lastimarse, cerró los ojos y encogió lo que aún respondía de su cuerpo. *Tawa*, quedó suspendido en el aire, sobre el agua. Una fuerza lo obligó a abrir los ojos y alzar la cabeza. Allí, delante, el zorro blanco no le apartaba la vista. «No huyas», dijo, «quiero mostrarte algo». Volvió a tener el control de su cuerpo y fue devuelto al suelo. Desde allí, vio las sandalias de un hombre pasar muy cerca. El zorro rió y lo señaló con el hocico, como diciendo que lo siguiera. Iba en dirección a la casa del chamán.

No parecía ser del pueblo, pero aquel hombre caminaba sobre su propia tierra, daba pasos seguros aunque su figura parecía más bien desanimada. Se detuvo en la puerta y giró la cabeza hacia el niño. No puede verte, aseguró el zorro blanco. Entonces advirtió que no tenía sombra. Asustado, el niño buscó la suya bajo sus pies, el zorro rió.

El hombre ingresó a la casa y ellos lo siguieron. Ya no era el lugar en el que jugaba, su aspecto era más ordenado y había una velita encendida en el altar. El hombre se sentó a la mesa y una mujer salió de las habitaciones del fondo.

– Llegastes, Julián, ¿por qué tanto te has demorado?

El hombre en la mesa era Julián Mallqui, taciturno, seguía a su mujer con los ojos bien abiertos, como si se tratara de una aparición. Ella le servía una taza de leche mientras le decía cosas sobre el pueblo y lo mal que les estaba haciendo el maestro albañil Edilberto Cáceres con sus desafortunados comentarios. Nadie le hace caso a él, pensaba, saben que les guarda un rencor injustificado. No había sido su culpa que muriera su hijo. Julián hizo lo que pudo para salvarlo.

– Ay, mi Julián...

Los ojos de Mallqui eran insufribles y, aunque nada de lo que su mujer le decía tenía algo que ver con su ánimo, no se atrevía a responderle o rectificar. Las palabras se le habían quedado en el camino, en la puna, tal vez, en las flores de cantuta o en la laguna que formaron las últimas lluvias. Solo cuando ambas miradas se encontraron nuevamente la mujer comprendió la necesidad de esas palabras.

Nos tenemos que ir, dijo por fin. ¿A dónde nos vamos a ir, pues?, acá estamos bien, siempre estuvimos bien aquí, cerca de la acequia, cultivando tomates y hierbas en la chacrita, Julián, ¿a dónde?

Cuando la mujer volvió a la habitación de la que había salido, tocaron la puerta. Mallqui se levantó abruptamente, tirando al piso la taza de leche. El zorro se acercó al charco y Damián observó intrigado cómo dos pequeñas sombras se reflejaban en su superficie. Entonces el chamán abrió la puerta y una densa neblina ingresó a la casa, tan densa que parecía disolverlo todo, excepto las sombras en el charco, que se hacían más nítidas. Cuando la neblina pasó, no había rastro de la casa ni del pueblo, estaba frente a una pequeña laguna, solo, pues había perdido de vista al zorro hablador.

Las sombras en la laguna eran el reflejo de dos hombres. Uno de ellos era Mallqui, pero desconocía al otro. Llevaba ropas extrañas, como hechas con retazos de muchas ropas distintas. Se le ocurrió que podrían ser las de toda la gente del pueblo. Creía ver en esa multitud la camisa azul de su padre, los guantes de don Edilberto, la chompa de doña Teresa, el polo nuevo que trajo Antonio de Lima la última vez que se fue, el poncho de don Juan... Y en el rostro una máscara de auqui con una gran barba blanca. Mallqui extendió una tela, se sentaron frente a frente y comenzó a echar las hojas de coca. Las dejaba caer una tras otra con mucha

ceremoniosidad, afligido, observando su ligera trayectoria en el aire, como si hacerlo pudiera cambiar el destino.